

jaba la negrura estrellada de la noche. Tezcatlipoca el negro, dios de la maldad y de los asaltantes, estaba representado también por la constelación de la Osa Mayor, en cuya forma creían ver los mexicanos la figura del tigre y por eso, en los códices, Tezcatlipoca aparece con un espejo en lugar del pie que le arrancara Cuatlícue —la tierra— “la comedora de inmundicias”, pues se alimenta de los cadáveres de los hombres; y ese espejo que sustituye el pie de Tezcatlipoca significa que en algunas latitudes una de las estrellas de la Osa Mayor, como tragada por la tierra, desaparece detrás del horizonte.

La mayor parte de las ceremonias eran dictadas por el “calendario anual” que tenía 18 meses de 20 días y cinco días en los que no había celebraciones porque se consideraban “aciagos”. El otro calendario, *Tonalpohualli*, cuyo origen se ignora, servía para medir un período de 260 días que tomaban sus nombres mediante la ingeniosa combinación de trece números y veinte signos. Los trece dioses que reinaban en los trece cielos y los nueve dioses infernales daban a los días del calendario el sentido de sus ceremonias. Es muy curioso observar la situación de la ética en los mexicanos: el lugar a donde iba el alma después de la muerte, no tenía nada que ver con la conducta que el difunto hubiese llevado en vida, sino con su ocupación y con el género de su muerte. Así un ahogado, por ejemplo, iría siempre a parar al Tlalocan, donde Tlaloc, dios del agua, tenía su reino. Y el tránsito por los nueve infiernos, para el cual el difunto era provisto de un perro y de varios amuletos, no duraba más de cuatro años.

Este libro bellamente escrito e impreso, contiene como el autor lo advierte al principio, una intención divulgadora, y no se dirige a los especialistas —dice Alfonso Caso— sino “a todos aquellos que tienen interés en el conocimiento de la religión de un pueblo que era fundamentalmente religioso, y para quien la adoración de los dioses daba la nota esencial de su vida”.

E. LIZALDE

RAMÓN LÓPEZ VELARDE.—*Prosa Política. Prólogo y recopilación de Elena Molina Ortega.* Imprenta Universitaria. 1953. 335 pp.

Los 155 artículos y editoriales que contiene el libro revelan en esta recopilación un verdadero esquema de la ideología política de Ramón López Velarde. Son artículos publicados en *El Regional* de Guadalajara entre los años de 1909 y 1911 y, a partir de 1912, en *La Nación*, diario católico de la ciudad de México. Los artículos de *La Nación* fueron publicados por López Velarde bajo el pseudónimo de Esteban Marcel o Marcelo Estébanez y esto impidió que la actividad política del poeta, que también hacía otro tipo de colaboraciones en el diario, fuera lo suficientemente conocida.

Como se anuncia en el prólogo, López Velarde confiesa repetidas veces su maderismo y por lo tanto su antiporfirismo, pero de ninguna manera logra hallar en Zapata, figura tan definitivamente heroica, las cualidades de apóstol que concede a Madero. Un furioso artículo, donde se hacen groseras alusiones al “tipo selvático” de Zapata, a sus “hazañas delictuosas”, etc., hace ver con claridad la desastrosa opinión que tenía el poeta del líder revolucionario. “Las proclamas de barbarie comunista y gramatical del

cabecilla de Morelos alcanzan en la guerra laureles de más duración que los ya desechos del licenciado Vázquez Gómez”, dice en el mismo artículo. Tal vez fuera posible hallar una disculpa de estas burlas violentas tomando en consideración que por aquellos días de la “bola” muchos intelectuales maduros se vieron confundidos y tomaron con frecuencia partido equivocado. Por lo demás, ha de ser siempre atractiva la lectura de estos artículos de Ramón López Velarde que, con su ingenio pintoresco y su estilo ameno, coloreaba con crueldad sus críticas a los personajes que ocupaban puestos administrativos. Urueña, Querido Moheno y muchos otros, tuvieron que sufrir en estas notas de periódico las constantes y apasionadas sátiras del jerezano.

Muy útiles serán estos artículos para aquellos que quieran explorar todavía el ambiente espiritual en que se desarrolló Ramón López Velarde, poeta cuyo efímero paso dejara en nuestra lírica tan hondas huellas.

E. LIZALDE

CONSTANCIO BERNALDO DE QUIROS.—*Lecciones de Derecho Penitenciario. Textos Universitarios.* 1953. 296 pp.

“Este libro contiene, dice el autor en el prólogo, la versión de mis lecciones en la Universidad de México, hecha por mí, sobre los cuadernos de apuntes de mis alumnos de los cursos 1949 a 1952”. Y añade: “he procurado en éstos plantear los asuntos y las cuestiones, no en el plano abstracto de la imaginación, sino sobre las realidades históricas —el lugar, el tiempo, la ocasión en que cada una vino al mundo—”.

El libro se compone de XX lecciones de gran utilidad para todos aquellos que se interesen por las ciencias sociales. Lecciones como la IV y la V sobre la prisión en la fase antigua y en la fase moderna; como la IX sobre el trabajo y, en fin, como la XIII sobre cárceles de mujeres y reformatorios para jóvenes, son de indiscutible interés para la literatura de la criminología y derecho penitenciario en México.

Estas *Lecciones de Derecho Penitenciario* no son, como dice el autor en el prólogo, “una modesta

aportación a la naciente reforma penitenciaria”, sino, por su estructura pedagógica, por la claridad de su exposición y, finalmente, por sus atinadas reflexiones, una valiosa contribución a este tipo de problemas.

E. G. R.

XAVIER VILLARRUTIA.—*Poesía y Teatro completos. Prólogo de Ali Chumacero. Fondo de Cultura Económica, Letras Mexicanas.* 1953. 539 pp.

Este volumen, editado en la colección Letras Mexicanas con el N° 11, reúne en su totalidad las obras poéticas y teatrales de Xavier Villaurrutia, poeta desaparecido en 1950. En su magnífico prólogo Ali Chumacero, con ese estilo suyo jugoso y fácil, nos revela claramente cómo la generación literaria a la que pertenecía Villaurrutia, esa generación “unida por voluntaria afinidad de propósitos y de gustos” determinó, en el tiempo que le tocó vivir, el más definitivo carácter de la poesía mexicana.

En esa generación de *Los Contemporáneos* cuyas filas han sufrido ya bastante la merma de la muerte, afianzó y maduró su criterio estético Xavier Villaurrutia. Y aunque murió ya cerca de los 50 años de edad, su legado poético no es muy grande. Tal vez si nos concentráramos a proyectar sobre sus poemas una visión descriptiva, tenderíamos a creer que Villaurrutia murió joven, porque el grupo de sus poemas, que es al fin la verdadera edad del poeta, sugiere con frecuencia la actitud del que aún persigue un tono personal. Es posible que todo aquel esfuerzo suyo, por insertar en los poemas de más dramática entonación desusados juegos de palabras o sorpresivas redundancias, no tuviese otro origen que esa estudiosa busca de la singularidad.

Si se entendiera por madurez definitiva de un poeta, aquel estado en que el creador parece despojarse de influencias evidentes, para adquirir su auténtica e inconfundible forma de manifestarse, sería difícil fijar el grado de madurez que Villaurrutia alcanzó. Pudo pertenecer a ese tipo de escritores que parecen no alcanzar a vivir su juventud en el tiempo que se les ha dado para

ello y tienen que robar algunos años al tiempo destinado a la madurez. Pudo ser de los poetas que tardan en madurarse como esos frutos que adquieren su rubor ya en el frutero.

Hay que considerar también, que Villaurrutia distrajo a la poesía en el teatro, género al que dedicó la mayor parte de sus últimos años y en el que sin duda reveló nuevas facultades.

Lo que tampoco parece fácil es determinar el alcance o la repercusión de las obras de Villaurrutia, lo que podría ayudarnos a reconocer sus aportaciones efectivas, en donde a veces reside la mayor cualidad de un literato. Y más difícil parece la localización de esas aportaciones efectivas, si tomamos en cuenta que Villaurrutia hizo transcurrir su obra junto a las del considerable grupo de poetas entre los que actuaba. El tratamiento de la misma temática contribuyó al principio a emparentarlo con Carlos Pellicer: recordemos aquel poema, (dedicado por cierto a Pellicer), que Villaurrutia llamó Cézanne:

En el blanco azul tornasol del
mantel
los frutos toman posturas eternas
para el ojo y para el pincel.
Junto a las naranjas de abiertos
poros
las manzanas se pintan demasiado,
y a los duraznos por su piel de
quince años,
dan deseos de acariciarlos, etc.

que nos sugiere, sólo por el tema, el insistente juego de Pellicer con la fruta y los colores. Del mismo libro, *Reflejos*, vale la pena recordar también aquel bello fragmento del poema *Jardín* que parece la variación de una imagen de Quevedo:

...la golondrina
atravesaba lanzando un grito
—se alcanzó rápida y derecha—:
herida, ella misma es la víctima
y la flecha.

Es en estos poemas, que se recuerdan poco, donde frecuentemente se halla un Villaurrutia menos lleno de fáciles trucos y más limpio, si bien no tan personal como en aquellos otros poemas posteriores donde predomina una viciosa preocupación por la muerte. Por eso no podría decirse con justicia que éste o aquél poema sea el mejor de Villaurrutia, parece más equilibrado decir que los aciertos del poeta están regados por su obra, confundidos con los desaciertos como las cenizas de Osiris con la arena.

Esta edición que contribuirá sin duda a acrecentar el interés de *Letras Mexicanas*, permite ya guardar en una sola mano la obra poética y teatral de Xavier Villaurrutia y facilita un examen ordenado y completo de este autor.

E. LIZALDE

JOSÉ LUIS SIQUEIROS P.—*Las Sociedades Extranjeras en México.* Imprenta Universitaria. 1953. 198 pp.

El doctor Eduardo Trigueros S. asienta en el prólogo a esta obra: “Entre los juristas destacados en lo que podemos llamar la nueva generación de maestros, J. L. Siqueiros P., tiene ya un lugar propio. Su nombre ha entrado de lleno a la bibliografía del derecho internacional”.

El libro trata estos dos grandes temas:

a) La personalidad jurídica de las sociedades extranjeras en el derecho internacional.

b) La personalidad jurídica de las sociedades extranjeras en México.

LAS REVISTAS

- En los *Anales* de enero-junio de 1953 de la Universidad Central del Ecuador, el filósofo español Juan David García Bacca publica un pequeño ensayo bajo el nombre de *Filosofía de la mano*; uno se ve tentado, por esta mano de la que se hace filosofía, a “llegar a las manos” contra un ensayo tan intrascendente como el que ve la luz en estos *Anales*.

- La revista trimestral *Universidad Veracruzana* de julio-septiembre de 1953, reúne, en calidad de homenaje a Rafael Delgado, ocho escritos que hacen referencia al autor de *Angelina*.

- En *Asomante* (abril-junio de 1953), publica Rafael Alberti un alegre poema que se inicia del siguiente modo:

A los 50 años, tengo una bicicleta.
Muchos tienen un yate
y muchos un automóvil
y hay muchos que también tienen
(ya un avión).

Pero yo,
a mis 50 años justos tengo sólo una
(bicicleta).

- Todos aquellos que se interesen por los problemas de la estilística literaria pueden hallar en la revista *Atenea* un ensayo de Eleazar Huerta que lleva el nombre de *Bases del Estilo*. Se publica en dos números: en el de mayo de 1953 y en el de junio del mismo año.

- La Revista *Artes de México*, que dirigen Miguel Salas Anzures y Vicente Rojo, da a luz, en su segundo número, tres sonetos religiosos de Carlos Pellicer. Los poemas, reunidos bajo el nombre de *Mater Amabilis*, están ilustrados con una fotografía del famoso “nacimiento” que monta, año con año, el autor de *Seis, siete poemas*.

- Al grupo ya crecido de ataques a José Luis Martínez por sus declaraciones en una entrevista reciente, viene a sumarse un artículo de Lola Vidrio en el número seis de la Revista Literaria *Creación*, publicada en Guadalajara, Jal. La nota tiene el pintoresco título de ¡*Válgame, José Luis Martínez!*